

Kerstin Ekman

# OCURRIÓ A ORILLAS DEL RÍO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

KERSTIN EKMAN  
OCURRIÓ A ORILLAS DEL RÍO

Traducción del sueco de Marina Torres

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Händelser vid vatten*

1.ª edición: diciembre de 2000

1.ª edición en esta presentación: junio de 2023

© Kerstin Ekman, 1993

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo (Suecia)

Publicado en castellano por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo (Suecia) y Casanovas & Lynch Agencia Literaria (España).

© de la traducción: Marina Torres, 2000 y 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-1107-317-2

Depósito legal: B. 8.443-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Primera parte .....	9
Segunda parte .....	337

Un ruido. Eso la despertó. Eran las cuatro de la madrugada. Las cuatro cero dos, según los palitos rojos del radiodespertador. La habitación estaba sumida en una penumbra gris. Las gotas de lluvia dibujaban en los cristales una cenefa y fuera vaheaba la hierba.

No se asustó. Pero se puso en guardia. Entonces comprendió lo que era: el motor de un coche al ralentí. Nadie podía venir a verla tan temprano. Debajo de su cama, *Saddie*, tumbada en la alfombrilla de piel, seguía durmiendo. Tenía trece años y estaba bastante sorda.

Se cerró de golpe una portezuela. Luego otra. Por lo menos dos personas, pues. Y silencio. Ninguna voz.

Ella dormía con una escopeta al lado. La cama estaba un poco separada de la pared y en el hueco se encontraba la escopeta. Un arma muy bonita, española. Una Sabela. Los cartuchos los tenía detrás del radiodespertador. Tardaba veintidós segundos en abrir la escopeta y colocar los cartuchos. Se había entrenado cronometrando el tiempo. Pero jamás había tenido que cargarla en serio.

La puerta de entrada de la casa estaba cerrada con llave. Nunca se olvidaba de cerrar con llave. Nunca, en dieciocho años, se había olvidado de cerrarla.

Permaneció echada con la mano en la bien formada culata de la Sabela, palpando su superficie lisa y grasienta. Notaba cómo tenía el cuerpo rígido y sentía un poco de frío.

No quería ir a la cocina a mirar, porque entonces la verían

por la ventana. En lugar de eso, se levantó y fue a la puerta de entrada para tratar de oír algo. *Saddie* la siguió, pero se derrumbó en la alfombra que había bajo la mesita delante del sofá y empezó a roncar otra vez. No se oían voces.

Acabó yendo a la cocina. Sin la escopeta. Sin duda, así es como actúa la gente. Creyendo que todo irá bien.

La lluvia se deslizaba silenciosa por los cristales. Al otro lado de la membrana que formaban el cristal y el agua, vio a Mia delante del coche. Su cuerpo abrazaba a otro cuerpo.

Los dos estaban muy mojados. Los hombros y la espalda de la chaqueta de Mia se veían empapados. El pelo estriado se le pegaba a la cabeza y parecía más oscuro de lo que era. El pelo de él era muy oscuro, casi negro, y lacio. Tenía hojas en el pelo, ramitas de abedul enano y hojas de helecho. Debía de habérselas puesto Mia. Probablemente como parte de un juego. Estaban tan pegados que parecía como si él la penetrara bajo la lluvia. Pero no era así. Ella vio también algo tan ancestral como eso. Como si se abriera una herida en el tiempo y se cerrara, desapareciera. Cuando las caras se despegaron, ella reconoció al joven.

Se apoyó en la encimera de la cocina. Permaneció allí, vestida con su viejo camión, sin acordarse de que podían verla. El corazón le palpitaba como si tuviera un animal dentro del pecho. Al rato le sobrevino una violenta náusea que la obligó a tragar. Se le había llenado la boca de saliva.

El mismo rostro. Más firme y recio después de dieciocho años. Pero era él. La lluvia se deslizaba en el tiempo como por una ventana, y allí estaba él, en carne y hueso.

Retrocedió, alejándose de la ventana. Ellos no llegaron a verla. Cuando Mia metió la llave en la cerradura, ella ya estaba en la cama. Oyó a *Saddie* trotar hacia el vestíbulo y mostrar su discreta alegría; su cola golpeaba los abrigos del vestíbulo haciendo tintinear las perchas. Mia entró en la cocina y el motor del coche se puso en marcha. Seguramente, ella estaba diciéndole adiós. Luego, Mia subió la escalera con *Saddie* pegada a sus talones. No se tomó la molestia de lavarse. Y no era difícil comprender por qué.

A Annie se le habían quedado los pies fríos, y el frío se extendía hacia arriba. Pero no se atrevía a ir a la cocina a prepararse algo caliente, ni siquiera a buscar una bata para abrigarse. No quería que Mia supiera que estaba despierta. Se habían acostado juntos. Tal vez al aire libre, bajo la lluvia. Él era aquel muchacho. Aunque mucho mayor. Así, con las ramitas floridas en su pelo húmedo, le recordaba también otra cosa. Algo que ella había visto. Una imagen, quizás. Ella veía un cuchillo, aunque no quería. Veía hundirse el cuchillo en los robustos cuerpos jóvenes.

Ahora Mia estaba echada arriba, envuelta en el olor de él, y ni siquiera quería lavarse. Quería seguir teniéndole con ella.

¿Qué iba a decirle a Mia cuando bajase?

Tienes veintitrés años. Él debe de llevarte quince años. Aléjate de él. Es peligroso.

Ella había visto aquel rostro dieciocho años atrás. Ese rostro era entonces joven y manifestaba una excitación de otra índole. Pero era el mismo rostro.

La cama de arriba crujió. Mia no podía o no quería dormir. La presencia de él latía en ella. En los muslos, en el vientre, en la vagina y en los labios rotos a besos. Y Annie yacía helada en su cama, rígidamente estirada.

Extendió la mano para coger el teléfono. Todavía no eran las cuatro y media. Quería oír su voz, aunque tal vez no pudiera hablar mucho. Temía que, arriba, Mia la oyera.

Sin duda, él estaba ahora encerrado en su propio sueño como en un sobre. Pero contestó al primer timbrado del teléfono, y ella pensó que él estaba acostumbrado a que le despertaran y que seguramente esa mañana, que era sábado, podría dormir.

—Sólo soy yo. Perdona. Te he despertado, claro.

—No importa. ¿Te encuentras mal? —La voz de él no sonaba clara.

—No, no.

—¿Qué pasa, entonces?

¿Qué podía decir ella? Él esperaba una respuesta.

—Le he visto. Ya sabes. Al que vi aquella noche.

Él guardó silencio. Debía de saber a quién se refería ella, porque no preguntó nada.

—Pero eso es imposible —dijo él al fin.

—Que sí, que le he visto.

—No puedes reconocerle.

—Pues le he reconocido. —Ella le oía respirar pesadamente por la boca—. No sé quién es —añadió—. Pero pronto lo sabré. Ahora no puedo seguir hablando. Te llamaré luego.

Él no quería colgar. Ella se dio cuenta de que quería calmarla, tal vez convencerla de que no le había visto bien. Pero ella le dijo adiós. Todavía oía su respiración cuando colgó el auricular.

La voz de él permaneció con ella. Como si le hubiera hablado con los labios pegados al oído. Su calor. La humedad en los remolinos de vello de su pecho. Un valle con rocío, pájaros en las hojas.

Ahora sólo quedaba esperar.

Mia no se despertó muy tarde. Annie estaba tomando té cuando bajó. Mia tenía los labios agrietados y parecía ausente. Tal vez sentía remordimientos por no haber llamado avisando de que iría a dormir allí.

Pero seguramente no había pensado en llamar. Ese hombre la había acompañado en su coche. Se notaba que Mia no dejaba de pensar en él. Y él no iba a desaparecer como los chubascos sobre la sierra esa fría mañana. Tenían que hablar de él.

—Cuántas flores —dijo por fin Mia. Al parecer, no se acordaba de que había acabado el curso escolar—. No llamé. De pronto decidimos venir. —«Decidimos», dijo con toda naturalidad—. Pensábamos dormir en Nirsbuan.

—¿Cambiasteis de idea?

—Hacía mucho frío. No hay más que esa pequeña cocina de leña y apenas había leña. Pero vimos los urogallos. Andaban por la ciénaga.



—¿Todavía?

—Allá arriba hay nieve. Por lo menos en algunos sitios.

Se había sentado enfrente de Annie y sostenía el tazón de té caliente entre las manos. El pelo se le había secado y estaba rizado y rojizo de nuevo. Había encontrado un viejo chándal en la buhardilla. Era de un azul desvaído y en la parte de delante ponía COUP DU MONDE.

—Me trajo Johan Brandberg —dijo Mia—. ¿Sabes quién es?

—No.

—No, claro, es que no vive con su familia desde hace muchos años.

—Dieciocho.

Mia levantó la vista.

—Entonces sabes quién es.

—Le he visto.

Mia, por su parte, no podía saber nada de lo que su madre había visto aquella vez. Mia había permanecido hundida en la hierba, con la cara tan aplastada contra el suelo que luego le había quedado la marca de la hierba y del musgo en la tierna piel.

Sonó el teléfono. Annie contestó y notó que llamaban desde una cabina. La voz que preguntaba por Mia era clara. Demasiado clara para su edad. ¿Habría visto él a Annie, deslizándose también en el tiempo?

Mia se fue después de la llamada. No necesitaba que ella la llevara, dijo. Él la había telefoneado desde la cabina que estaba junto a la tienda y la esperaba allí en su coche.

Mia había estado presente cuando aquello ocurrió. Annie trató siempre de ocultárselo, y la niña apenas podía tener ningún recuerdo. Pero claro que había oído hablar de ello después, hasta la saciedad, hasta la náusea. Cuando decía que había crecido en Svartvattnet, la gente exclamaba: ¡¿Allí?!

A principios de los años setenta, Svartvattnet era uno más de los pueblos que se morían. La lluvia caía en los rostros que rodeaban la hoguera de Walpurgis. El aire olía a gasoil. La gente llenaba las latas de café con serrín empapado en petróleo y les prendía fuego. Los caminos relumbraban con esos faroles durante algunas horas una sola noche al año. Por lo demás, nada.

Y luego este pueblo se había convertido en una joya negra. Visible. Llena de fuerza.

Sí, fue aquí, en Svartvattnet. O mejor dicho, cuatro kilómetros más arriba del pueblo, junto a las aguas del río llamado Lobberån. El río había tenido otros nombres y tendría más. Era, en algunos tramos, un torrente que, más arriba, se lanzaba por precipicios rocosos formando rápidos. Pero, donde ocurrió aquello, se remansaban las vastas y profundas aguas. Las orillas eran cenagosas y estaban atestadas de juncos y maleza. Crecían en ellas el sauce de ciénaga y la cerraja alpina, que alcanzaban la altura de un hombre, y si uno se aventuraba por allí, podía caer en una madriguera de castor. La ciénaga de las orillas era inaccesible, sólo la atravesaban sendas de animales. El lugar no tenía nombre.

Fue la víspera de San Juan de hace casi dieciocho años. Un día de mucho calor. Llegaron a Östersund en tren. Ella lo sabía. Pero ¿cómo era posible que lo supiera?

En realidad, se le habían quedado grabadas pocas imágenes nítidas e irrefutables. Ella estaba con la manivela del teléfono en la mano para avisar a un taxi. Eso era un hecho, y lo recordaba bien. Pero no se acordaba de mucho más. El calor. Al avanzar el día, se había reblandecido el asfalto delante de los grandes almacenes Tempo.

No se acordaba de cómo iban vestidas ellas ni de la hora a la que llegaron en el tren. Tuvieron que esperar mucho rato en la estación de autobuses. El autocar para Svartvattnet salía a las dos y media, igual que ahora. En todos esos años no había cambiado el horario.

Era la víspera de San Juan y, precisamente, viernes. Antes, la víspera de San Juan caía siempre en sábado. Lo había consultado. No había nada sobre el viaje en sus cuadernos de apuntes, porque éstos todavía no existían. La soledad no había empezado. Aún era todo trepidante. Su cabeza, todo su cuerpo, cantaba. Iba a empezar una nueva vida.

Y lo había hecho. Cuando intentó hacer girar la manivela del teléfono para llamar a un taxi, ésta se soltó y se le quedó en la mano. Pudo haber pensado: Esto no empieza bien. Pero no lo hizo. La canción sonaba en su interior demasiado fuerte.

Paró un taxi en la calle y dieron muchas vueltas por Östersund. Por la tarde se sentaron en un banco del parque a comer

una especie de *junk food*. Por última vez, debió de pensar. Subieron al autocar con todo el equipaje, el que habían traído en el compartimento del tren y el facturado. Mia empezó a marearse al llegar a Gravliden. El nombre era desagradable, y por eso Annie se acordaba de que el mareo había empezado en esa localidad. Allí se había subido un viejo que olía a cabra. En el repleto autobús aumentaba el calor y el aire se enrarecía. El tufo y el olor a establo de cabras se hacían más densos en torno al viejo y se esparcían en vaharadas irregulares, quizás merced a los movimientos del autocar. La gente bajaba y subía cargada con bolsas. Habían ido de compras a Östersund. Pensó que ella ya nunca volvería a ir de compras así.

Tenía una bolsa preparada porque Mia podía vomitar en cualquier momento. En todas las paradas se bajaban un ratito para que Mia tomara el aire fresco. Pero esa tarde hacía un calor sofocante. Al cabo de una hora, se bajó el viejo y fue un alivio. Mia, acalorada y cansada, se durmió en sus rodillas.

—Ahora la cosa irá mejor —dijo el conductor del autocar.

—¿Falta mucho?

—Tú vas a Svartvattnet, ¿verdad? ¿Eres de los de la comuna de Stjärnberg?

—No.

—Entonces, ¿estás de vacaciones?

Ella pensó que era una pregunta estúpida. Pero el conductor no podía adivinar que ella iba a empezar una nueva vida. Para evitar más preguntas, admitió que estaba de vacaciones. Mia dormía y no podía corregirla. Annie nunca supo cuánto faltaba para Svartvattnet. El conductor no volvió a dirigirse a ella.

Ahora empezaban los bosques y las grandes zonas taladas. El autocar ya no se paraba con tanta frecuencia. En todos los pueblos dejaba cajas de leche y otros víveres frescos colocados junto a la rampa de descarga de la tienda. Las empleadas de correos salían a abrirle al conductor la puerta de la estafeta, y él metía las sacas de correspondencia. La gente, sentada en los coches, esperaba las

cartas y los diarios de la tarde. Muchos se habían puesto morados de cerveza y le gritaban al conductor y se gritaban entre sí.

—¿Qué dicen? —murmuró Mia.

Pero Annie tampoco entendía lo que decían.

Viajaban por una tierra extraña. A veces se vislumbraba un lago extenso y frío entre los troncos de los abetos, pero no era más que un incidente en la monotonía que no tardaría en desaparecer y ser sustituido por otro. Ella ignoraba que ascendían a lo largo de un sistema de lagos que nacía en las altas montañas de Noruega. En las zonas taladas, la gran vena de agua había sido cortada, y la tierra se había secado y convertido en carne muerta en el cuerpo del paisaje. También ignoraba que lo que veía desde la carretera sólo eran los terrenos talados menos extensos, que zonas cada vez más vastas quedaban cortadas de su vínculo con las nubes y se volvían incapaces de dar nada cuando las empapaba la lluvia ácida.

Hasta el atardecer no llegaron a Röbbäck, donde estaba la iglesia. Tendrían que inscribirse en la parroquia. El término municipal era grande. Ella no sabía hasta dónde llegaba. Se bajaron y contemplaron la iglesia mientras el conductor descargaba en la tienda del pueblo. Los muros de la iglesia deslumbraban a la intensa luz del sol. La iglesia se alzaba en una lengua de tierra que se adentraba en el lago Rösjön, y una valla blanca se extendía hacia el agua como la barandilla de un barco. Aquella iglesia se parecía a un barco. Tal vez pensaban que, el día del juicio final, la iglesia se alejaría de la orilla con todos sus muertos.

El agua parecía fría. Un oscuro bosque de abetos bordeaba las orillas, pero no había verdor cerca del lago. Roquedales y peñas se precipitaban desnudos en el agua. Ella sabía que estaba fría. Doce, trece grados, había escrito Dan.

—Mira qué niños más raros —dijo Mia.

Junto al autocar desfilaba una pequeña hilera de niños. Sólo eran cuatro, pero iban en fila. Eran tres niñas con largas faldas y trenzas que cargaban mochilas llenas de corteza de abedul, y un niño que llevaba un gorro de punto cuyas orejeras se movían cuando andaba. Se bamboleaban. Hablaron un momento con el

conductor. Luego el pelotón se fue por la carretera. Caminaban despacio. A Annie le pareció que los veía como en una proyección, una secuencia de una película antigua o de otro tiempo, no de ahora, cuando las cajas de leche caían con un ruido sordo en la rampa de descarga de la tienda. ¿O es que no eran niños?

—A lo mejor son enanos del bosque —le dijo a Mia, pero se arrepintió al instante, porque Mia miraba muy seriamente al pequeño pelotón que desaparecía por el recodo del camino.

El conductor les hizo señas. Era hora de partir.

Svartvattnet era la última parada del trayecto. Esa tarde, el lago relucía. Los pies de las montañas se reflejaban en el agua, azules y negros, al igual que todos los detalles de los espinosos perfiles de los abetos, reproducidos tan exactamente como en el original. Ya no parecía una imagen reflejada en el agua, sino otra atmósfera, otro abismo de laderas cubiertas de bosque que descendía hacia un fondo que no podía verse.

Se notaron las piernas entumecidas cuando bajaron del autocar. Mia tenía los labios secos y agrietados. El zumo se había acabado hacía tiempo. Annie buscó a Dan con los ojos para que se ocupase de Mia mientras ella corría a la tienda para comprarle algo de beber. Eran las siete y media y ya habían cerrado la tienda. Pero el tendero estaba allí mientras descargaban las mercancías. Los coches iban y venían. La gente recogía el correo y los periódicos, exactamente igual que en los otros pueblos.

No vio el Volkswagen ni a Dan. Mia no quiso esperar sola en la explanada que había delante de la tienda. Se agarró a la mano de Annie. Su pequeña cara triangular y pecosa tenía una palidez grisácea, y el pelo, al secársele el sudor, se le había pegado a las sienes y a la frente. Necesitaba orinar y beber y tal vez, dentro de un rato, comer algo. Pero no era mucho lo que Annie podía hacer por ella antes de que llegara Dan. Tenía que vigilar que el conductor bajase todas sus pertenencias. Habían llegado con un cuarto de hora de adelanto, dijo el conductor, y ella supuso que por eso aún no había aparecido Dan.